



¿Quién dijo que esta ciudad es para todas?

ANA MARÍA GARAY

Imagínese usted salir a hacer un censo en pleno centro de Cali, a eso de las 10 de la mañana, con ese calor que derrite y no poderse ir con un vestido fresquito, de esos vaporosos que permiten sobrevivir climas como el nuestro. Imagínese tener que hacer trabajo de campo en un parque habitado en parte por borrachos, creando zonas en las

que uno no se atreve a pasar de solo pensar en lo que le pueden decir. Imagínese tener que hacer cálculos antes de salir de la casa sobre cómo vestirse sin tener que aguantar, con incomodidad y hartera, los piropos y comentarios de algunos de los hombres que pasan por su lado, tomándose atribuciones que no le corresponden.

Cualquier mujer que se haya aventurado a salir a las calles de esta ciudad, caliente y rumbera, incluso solo como transeúnte, sabe lo difícil que puede resultar habitarla. Existen en la ciudad fronteras invisibles para nosotras las mujeres que hacemos en ella trabajo de campo. Ya sea por las condiciones físicas del lugar o por las personas allí presentes, hay lugares a los que no nos atrevemos a llegar, o hacemos maromas para poder hacerlo. Y es que la ciudad no es para todos, o mejor dicho, no es para todas. Una puede llenarse de valor y hacer caso omiso a los comentarios, muchos de ellos guaches y groseros, o puede ponerse gafas para no hacer contacto visual, o llamar al amigo o al novio para que la acompañe, o ponerse audífonos para aislarse del mundo y que nadie lo aborde, pero no hay derecho.

No es justo que una no pueda vestirse como quiera, salir solo a la calle sin preocuparse, o tener que buscar estrategias para sobrevivir, planear rutas y horarios para poder investigar en la ciudad, hacer su trabajo o tan solo salir a pasear. El espacio público por definición debería ser un lugar libre y abierto para todos, un lugar democrático por excelencia donde se materializa la ciudad y el derecho a estar en ella, a gozarla y a sentirla.

Desafortunadamente en Cali no pasa así. Investigar la ciudad siendo mujer pasa por incorporar estrategias de sobrevivencia que nos permiten camuflarnos, no por nuestro rol de investigadoras sino por nuestra condición de mujer. Y es que uno debería poder salir como quiera, con la ropa que quiera, solo o acompañado, en bus o a pie, sin la agonía de tener que aguantar los piropos o miradas des-vestidoras. Una debería tener acceso a la misma información que un hombre investigador, sin que el lugar, la hora o la gente fuera una variable que determine el éxito o fracaso del ejercicio. Una debería poder sentarse en un parque sola sin que alguien piense que una está ahí buscando compañía. Una debería poder vivir la ciu-

dad como se le antoje, sin que ser mujer sea una limitación.

La reflexividad de nuestro rol como investigadoras pasa pues, no sólo por entender nuestras limitaciones como mujeres en una sociedad aún muy machista y agresora, sino por generar espacios de discusión y sensibilización sobre estos temas, por compartir nuestras impresiones y angustias con los hombres y mujeres que nos rodean y hacen parte de nuestro espacio íntimo y por generar, desde la academia, agendas de trabajo que respondan a nuestras preocupaciones. Pasa por trabajar de la mano con la comunidad, pasa por concientizar y educar.

No está bien aceptarlo y sí que menos normalizarlo. No está bien asumir que ese sea el rol que nos toca jugar y que para sobrevivir a la ciudad nos toque hacer maromas. No está bien que pensemos que no podemos estudiar la ciudad y que el espacio público no es un espacio “seguro” para nosotras. No está bien que sigamos permitiendo que por nuestra condición de mujer haya espacios a los que no podemos acceder. Por el contrario, es nuestro deber pensarnos estrategias de cambio y que a partir de estas limitaciones y experiencias en la calle podamos diseñar formas de sensibilizar, educar y generar cambios que permitan que esta ciudad en la que vivimos sea para todos y para todas.

Ana María Garay

Antropóloga de la Universidad Icesi y estudiante de la Maestría en Estudios Sociales y Políticos de la misma universidad. En este momento se encuentra realizando su tesis de maestría sobre la sonoridad del Parque Alameda en Cali. Esta reflexión es el resultado de tres años de trabajo de campo en la ciudad y de un sentimiento compartido con su tutora de tesis, una mujer que comparte con ella lo difícil que puede ser para las mujeres hacer trabajo de campo en la ciudad.